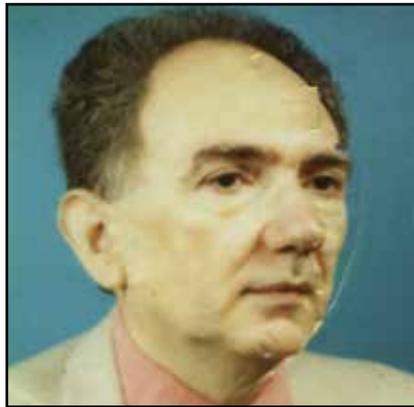


Ángel Luis Plastino

por Susana Hernández

Qué estimulante y placentero y, a la vez, qué temible desafío es escribir sobre alguien a quien se quiere y se admira muchísimo. A la conveniente parquedad y objetividad que reclama el estilo científico se opone la emoción que desborda y que amenaza con convertir seriedad en ñoñerías... pero me gusta comenzar recordando lo que dije en ocasión de celebrar, en un evento en las Sierras de Córdoba, el septuagésimo cumpleaños de Ángel, hace algunos meses. Bueno, está bien, hace más de 12 meses... pero dejémoslo ahí, ya que él mismo se encarga de aclararlo al final de su reseña. Entonces dije que cuando conocí a Ángel y lo adopté o nos adoptamos, como dupla director-discípula, yo supe que estaba obteniendo mucho más que un tutor y un guía, estaba ganando un amigo para toda la vida. Y así fue, por cuarenta años... y meses, y tengo la certeza de que será siempre. Es una amistad que llena el alma, no libre de disensos o críticas, en los cuales también se afianza como debe ocurrir en las amistades genuinas pero sostenida por una básica solidaridad, comprensión, apoyo recíproco y diálogo profundo. A Ángel agradezco la confianza sin vacilaciones que siempre depositó en mí y en mis capacidades, confianza que yo juzgaba extrema, pero que sobre todo me sostuvo e impulsó en épocas remotas, cuando las cuestio-



nes de género en la física argentina no eran claras y obvias como hoy, tal como consta en el recuerdo de numerosas coetáneas.

Ángel Plastino es una persona que sorprende desde muchos ángulos. Su prodigiosa inteligencia se combina con una vastísima cultura que invade todos los ámbitos científicos y humanísticos, de tal dimensión que uno se pregunta azorado cómo hizo para adquirirla y mantenerla, ocupado como siempre estuvo en su trabajo más horas diarias de las que emplea una persona normal, aunque esa persona sea científico/a. Con Ángel Plastino se puede hablar de todo. Siempre tiene a mano la anécdota, la referencia, la correlación con otros temas o sucesos y si ocasionalmente así no fuera, se preocupa y lo averigua. Es un hombre esponja: en el curso de su riquísima labor de gestión en la UNLP y la CIC se preocupó por adquirir una importante porción de

ese ecumenismo del conocimiento que despliega y cultiva. ¿Que hizo escuela?, claro, decenas de discípulos exitosos fabricados en el país y desparramados por todo el mundo, que no continuaron como acólitos, que se animaron a barrer las áreas más diversas de la física pero, curiosamente, siempre con algún pilarcito de los que sostienen el edificio, apoyado en aquellas primeras enseñanzas. En su tierna infancia científica transitó por la física nuclear teórica desde donde luego le resultó cómodo comprender que la física de materia condensada era mucho más que la física de sólidos y liderar, primero en el país, luego en la región y finalmente en el ámbito internacional, una serie de eventos que sobrevivió nada menos que tres décadas, la de los Talleres Internacionales sobre Teorías de Materia Condensada. Más tarde se enamoró de la Teoría de la Información con sus aplicaciones a la Mecánica Estadística y diría que encontró su nicho ecológico cuando la colaboración de su amigo Constantino Tsallis lo deslumbró con las posibilidades de las entropías no aditivas, actividad a la que sumó la vocación por descubrir y profundizar los alcances de las medidas de información y su potencial capacidad para desvelar todos los misterios de la ciencia. Proyecto ambicioso sin duda, que condensó a su alrededor una densa nube de

fans y prolíficos colaboradores. Hoy, emérito por donde se quiera, se multiplica enseñando a y colaborando

con colegas del universo de las ciencias sociales. Viajero y lector incansable, lleva por el mundo su bagaje

de saber profundo y su incomparable vocación por compartirlo. Donde lo encuentren, aprovéchenlo.